

Liborio Briebe: Relatos Y Episodios Históricos

Por Hernán del Solar

Los novelistas no tenían lectores. ¿Cómo encontrarlos? Esta pregunta era importante en el siglo pasado, entre nosotros y más allá. Aquí fue posible con testarla favorablemente sin mayores dificultades, en apariencia; bastaba mirar al extranjero y ver los extraordinarios resultados de una luminosa idea del doctor Véron: crear el folletín. Este doctor, que había fundado la Revue de París, deseaba buena venta y de pronto se le ocurrió la manera de conseguirla. No era difícil. Bastaba publicar una novela en números sucesivos, poniendo al final de cada entrega: "La continuación en el próximo número". Esto salvó a revistas, diarios y escritores. En un principio las obras que se publicaron tuvieron indiscutible valor literario, como las de Balzac, por ejemplo. Y no tardaron en aparecer los genios del folletín: Alejandro Dumas y Eugenio Sue. Las gentes se arrebataban las entregas, los novelistas le ponían alas a la imaginación y no tardaban en enriquecerse. Dumas gastó fortunas en caprichos principescos. Antes que él, Walter Scott, el escocés, había descubierto el maravilloso secreto de escribir avasallando al lector, creándose así una renta fabulosa.

Tales antecedentes no eran deseables. ¿Por qué no ensayar el método? Se sabía que el tema histórico solía ser el preferido. Adelante, pues, con la historia de Chile, que sabiamente empujada por la imaginación podría recorrer sin fatiga los más extensos campos. Así pensaron algunos novelistas chilenos, nuestros primeros folletinistas, y entre ellos, con especial suerte, Liborio Briebe.

Este escritor, que obtuvo triunfos resonantes, se hallaba por ahora olvidado. Pero un editor diligente es capaz de producir resurrecciones asombrosas. Zig-Zag, desde luego, las está produciendo. Ha tenido muy en cuenta la necesidad de no desterrar al folletín, de traerlo a nuestros días, poniéndolo al alcance de la mano del lector que desea entretenerse.

Comenzó su tarea folletinesca con un autor actual, muy vivo, aménísimo: Jorge Inostrosa. La obra elegida: "Adiós al Séptimo de Línea", es decir, la novela que, como los antiguos folletines, los clásicos del género, producían el delirio de la lec-

tura. Inostrosa descubrió espontáneamente la magia del suspenso, la agilidad del diálogo, el arte de entretener creando una realidad novelesca que apaga la del mundo cotidiano.

Inostrosa no fue una resurrección, indudablemente. Repetimos que está vivo, es de hoy, es él, sin más, el resucitador de un género. No podemos decir lo mismo de Liborio Briebe. Zig-Zag publica dos gruesos tomos suyos: "Relatos históricos", donde nos encontramos con "Los Talaveras", y "Episodios históricos", donde los mismos personajes, con otros que se les añaden, y con igual amenidad, nos llevan hasta las prisiones de Juan Fernández, nos hacen corretear con las pintorescas aventuras de Manuel Rodríguez, nos ponen por delante la vida de Marcó del Pont, nos mezclan con los guerrilleros insurgentes, que con talento y audacia hacen de las suyas, y, por último, nos sitúan en los heroicos días de nuestra libertad.

¿Quién fue Liborio Briebe? No estaría de más que un acucioso investigador buscara los pormenores de su existencia y nos los diera a conocer. Al fin y al cabo, se trata de un escritor que merece una mirada directa. Nacido en Santiago en 1841, fue hombre destinado a los quehaceres de la enseñanza. Titulado maestro en la Escuela Normal, hizo carrera administrativa en el Ministerio de Instrucción Pública, fue visitador de escuelas primarias e inspector general del servicio. Pero lo que por el momento nos interesa es su vocación literaria. Buen lector, seguramente de Scott, Dumas y otros infatigables gimnastas de la fantasía que, acrobáticamente, hacían incursiones por la historia, cazadores de personajes y acontecimientos, Liborio Briebe deseó vivamente escribir novelas. Publicó la primera con el seudónimo Mefistófeles, titulándose la obra "Los anteojos de Satanás". Había ya en tales páginas una decisión muy firme: escribir amablemente, deseoso de conquistar lectores de toda edad y condición. Pero el gran triunfo vino con "Los Talaveras", esa obra que ahora se publica en el volumen "Relatos históricos". El aplauso sonorisimo de sus innumerables lectores le animó a continuar por la vía amplia de la novela. Las aventuras de los talaveras señalaron

hacia una época histórica henchida de sucesos impresionantes, de hombres osados, de mujeres que sabían conquistar hasta a los inconquistables.

Raúl Silva Castro, el más atento historiador de nuestra literatura, se ocupa de los folletines en su libro "Panorama Literario de Chile". En pocas páginas diseña vidas y obras de manera justa. Refiriéndose a "Los Talaveras" nos comunica que la difusión de la novela fue muy extensa. Agrega: "Para la comodidad de la circulación se han dividido estos extensos relatos en porciones o partes, a cada una de las cuales se ha dado título propio". Agrega, que es el único folletinista que conserva público entre las generaciones contemporáneas. Y se pregunta: "¿A qué se debe este resultado excepcional? Según parece, a la época escogida para la narración. Cuando el Gobierno de la Reconquista se estableció en todo el territorio nacional, como consecuencia del Desastre de Rancagua (1814), a una odiosa falange se confió el papel de imponer por la fuerza las decisiones de la autoridad. Figuraba a su cabeza el capitán San Bruno, monje exclaustrado, hombre de nervios de acero, sin escrúpulos y "fanático de la causa del rey, por la que en 1817 dio la vida sin una queja". Personajes de un temple semejante son los que aceleran la palabra narrativa de un novelista como Briebe. No se trata de cuidar las expresiones literarias, de darle tono a la obra, es decir, cierto decoro con tendencia a la elegancia. Lo que se quiere es contar cosas, ir de una en otra, encadenándolas, y hacer este encadenamiento de manera que no pese la palabra, que sólo las acciones suenen como tambores frenéticos.

La simplicidad de la expresión es, de principio a fin de la muy nutrida obra, ajena por completo a cuanto suele llamarse literatura. Acerquémonos al comienzo de "Los Talaveras": "Estamos en la noche del 1º de octubre de 1814, y es en el mismo Rancagua, teatro de una espantosa carnicería, donde tenemos que introducirnos para la mejor inteligencia de nuestra narración". Como se advierte, el novelista quiere que se le entienda, rehúye los rodeos retóricos, va directamente a la acción. Este método siempre tendrá muchos lectores ávidos y nada exigentes.